

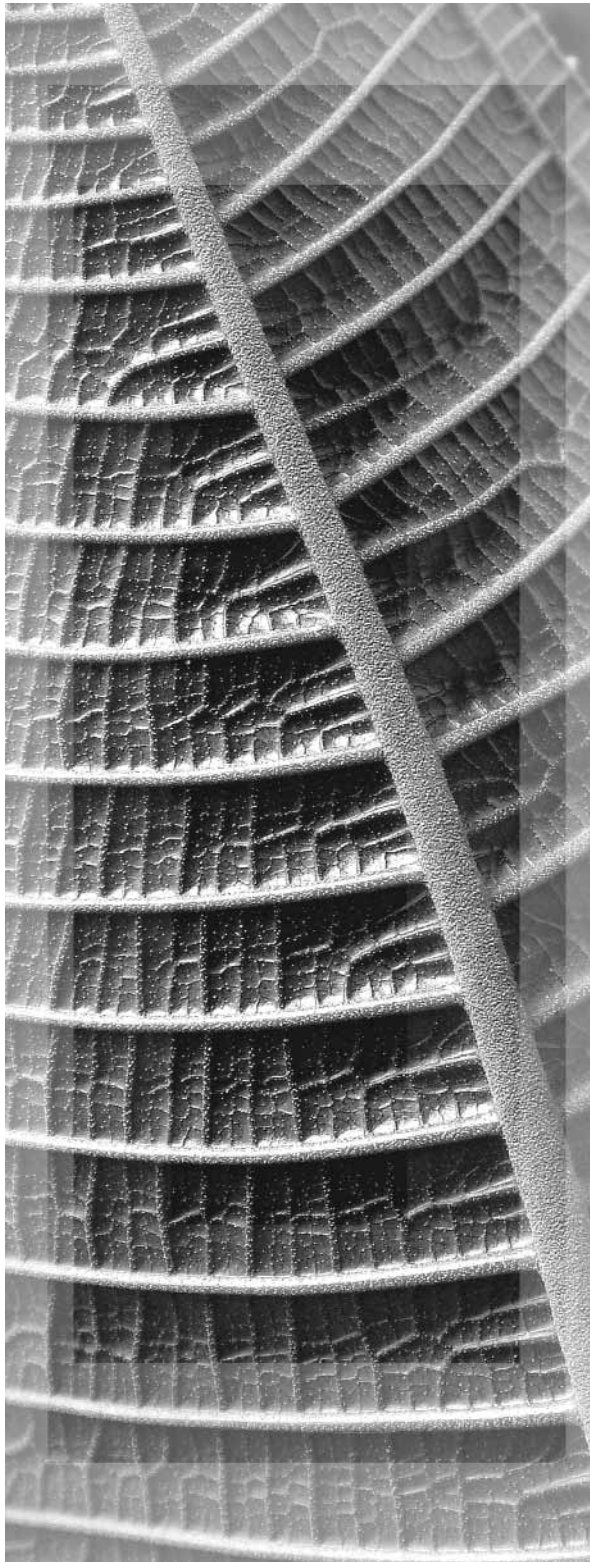
# La fiesta de los árboles\*

Luis Cruz Meza

Historia  
ambiental



\* Discurso pronunciado en la fiesta organizada por la Sociedad Federal de Trabajadores de Costa Rica, el 1º de Mayo de 1915 y publicado en *Páginas escogidas*. Imprenta Victoria: San José, Costa Rica. p. 73-76.



Señores:

La “Fiesta del Trabajo” y la “Fiesta del Árbol” reencarnan en las actuales épocas de la historia del mundo, es el espíritu de la incomparable Diosa Ceres, que la imaginación sublime de los poetas hacía representar enguinaldada de espigas, repartiendo la láctea fecundidad de su seno a través de los valles y los campos. La “Fiesta del Trabajo” y la “Fiesta del Árbol” simbolizan el alma toda bondad y belleza de los pueblos que viven con clarividencia suma, de su porvenir y de su destino. La “Fiesta del Trabajo” y la “Fiesta del Árbol” caracterizan la democracia de la verdad que es el más grande, el más noble y el más hermoso triunfo de todas las ciencias y de todas las sabidurías.

“La Fiesta del Trabajo” y la “Fiesta del Árbol”, son fiestas de confraternidad y de amor, son las fiestas de los buenos, de los que sudan, de los que se afanan, de los esforzados, de los enérgicos, de los luchadores; son fiestas de los que producen, no de los parásitos, de los que viven para la Patria y no de la Patria, son fiestas en que se ennoblecen todas las penas y todo los sacrificios para obtener con ello mayores fuerzas, nuevos alimentos y bienhechoras recompensas.

La “Fiesta del Trabajo” y la “La Fiesta del Árbol” son, en fin, fiestas gratas a la Divinidad creadora, a la Divinidad productora, a la Divinidad salvadora de la humanidad. El trabajo, lejos de ser ya una maldición bíblica, es el escabel desde el cual los hombres de buena voluntad se lanzan a la conquista de los anheladas cumbres del porvenir y de la gloria.

*¡Trabajo y Árboles! He aquí la condensación de todo lo mejor de la Naturaleza y de la vida; árboles y trabajo, eso es lo que constituye la natura magnificente y grande, y por esto la “Fiesta del Trabajo” va asociada a la “Fiesta del Árbol”. Los dos trabajos -el realizado por los hombres y el realizado por las plantas- tienen cierta misteriosa analogía que siempre ha llamado la atención de los más grandes filósofos y observadores del mundo.*

Grecia, a la cual el hombre moderno tiene siempre que volver su pensamiento deslumbrado, fue la primera que admitió esa analogía y seguramente por eso incluyó en la formación del carácter de sus hijos y en la educación de sus ciudadanos el culto por sus frutos, sus flores, sus esencias y estableció el culto por los jardines de las flores coronarias, de los jardines de Adonis y del jardín Academus, el culto por los árboles de muda, misteriosa y magnífica enseñanza, a cuya sombra florecieron las maravillas del arte, las armonías de la fuerza y los primeros esplendores de la civilización.

Teofraсто, autor de la primera historia de las plantas, con el concurso de Demetrio Faléreo, fundó en Atenas un jardín de plantas exóticas y allá se llevaron, para que al tiempo de la consagración del arte, sirvieran de aliento y entusiasmo por los bienes de la Naturaleza, árboles como el ciprés de Creta, la centaura de la Elide, la encima de Piro, el cedro del Libano, el cerval de Arcadia, la mejorana del Nilo, el tamarindo de Meandro, el álamo de Aqueronte, la higuera de Egipto, el olivo de Alfeo, el terebinto de Damasco y las palabras de Babilonia; y junto al culto por sus flores cuyos perfumes y esencias los griegos casi divinizaron, creció ferviente y puro el culto por los árboles; y la anémona, el jacinto, la azucena y el narciso tuvieron celos del ciprés, del cedro y demás árboles que monopolizaron el cariño de atenienses y espartanos. Árboles cuyas raíces eran el símbolo de lo indestructible, de lo perdurable y verdadero, cuyo tronco representaba el poderío y la fortaleza y cuyo sombrío ramaje era el más hermosos adorno de las llanuras, montes y valles, en aquella portentosa tierra que conserva su eternidad y su grandeza a pesar de todos los cataclismos de la historia.

Costa Rica entera, sola, por sí misma, sin preocuparse por tener seres dioses que dirijan sus destinos, debe procurar que sus hombres de trabajo, que son los que hacen la grandeza y felicidad de los países, comprendan, sepan y conozcan su

verdadera misión. Hará bien en imitar a la Grecia, instruyendo como ella a sus niños y a sus hombres en el culto por los árboles y las plantas; instruyéndolos en talleres y escuelas en que el amor a la Naturaleza se cultive, en que el amor a la tierra y al trabajo se santifique; además de procurar celebraciones como ésta, que son de santa concordia, de hermosa fraternidad y de bien fundadas esperanzas para el porvenir sonriente de la Patria.

La Sociedad Federal de Trabajadores, iniciadora de esta fiesta, ofrece a Costa Rica el más grande y positivo beneficio, porque fomentar el cultivo de los árboles es excitar las energías del trabajador, es enseñar el aprovechamiento de los jugos fecundos de la Naturaleza, es dar vida, libertad e independencia al hombre y a la nación; porque la vida, libertad e independencia nacionales son la síntesis de la libertad de los hombres.

Hacer hombres que amen la tierra, que con ella vivan en comunidad creciente y firme, que en cada árbol vean un amigo de cuya sinceridad no se puede desconfiar; y así como los árboles arraigan, arraiguen los hombres al suelo de la tierra que los vio nacer y reyes y soberanos como ellos, hagan a su Patria, reina y soberana también, porque los hombres del trabajo, los que veneran los árboles, al tiempo que aseguran su bienestar presente y el porvenir de sus hijos, son los únicos reyes de sus propios destinos; hasta el dintel de su hogar siempre dichoso, en donde moran la amante esposa y los niños adorados, -no llegan ni miserias, ni infamias, ni deslealtades, ni tradiciones; allí en esa clase de santuarios no se producen los parásitos que con el bien ajeno y el bien nacional merodean y trafican.

En el hogar del hombre amante de la Naturaleza y del trabajo está el verdadero altar sacrosanto en que el cáliz del bien, levantado por los nervudos brazos del trabajador, derrama la maravilla, en medio de las bendiciones de la Patria, el bálsamo que produce todas las dichas y todas las venturas.

